

LOS COMPACUENTOS



LOS COMPAS

Y EL FRIJOLITO MÁGICO



MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK

mī



LOS COMPAS

Y EL FRIJOLITO MÁGICO

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

m̄r

ÍNDICE

- 1.** A estómagos hambrientos, medidas desesperadas, **6**
- 2.** Los atajos siempre llevan a encuentros inesperados, **18**
- 3.** El vendedor misterioso, **30**
- 4.** De vuelta a las andadas, **42**
- 5.** ¡El vendedor tenía razón!, **54**
- 6.** Un nuevo mundo más allá de las nubes, **68**
- 7.** Trepadas imposibles y huellas en la nieve, **80**
- 8.** Estofado de Compa, **92**
- 9.** Jaulas irrompibles y galletas de jengibre, **104**
- 10.** Nunca es bueno tomar decisiones con el estómago vacío, **116**
- 11.** La nueva mascota de Colosardo, **130**
- 12.** Ronquidos de gigante, **144**
- 13.** Atrapado en... ¿una llave?, **158**
- 14.** ¡Persecución en la nieve!, **174**
- 15.** Lagos helados y descensos vertiginosos, **188**
- 16.** Regreso al tallo, **202**
- 17.** Hagamos un trato, **214**
- 18.** Una cena muy especial, **228**



A ESTÓMAGOS HAMBRIENTOS, MEDIDAS DESESPERADAS

El día amaneció como de costumbre en el pequeño valle donde vivían los Compas. La niebla que solía cubrir los campos a primera hora de la mañana comenzó a desvanecerse en cuanto el sol hizo su aparición por el horizonte. Mike, Timba y Trolli, al oír los cánticos de los jilgueros anunciando el nuevo día, abrieron un ojo y miraron a su alrededor, pero en seguida se dieron la vuelta, desanimados. Desde hacía ya varias semanas no tenían nada que llevarse a la boca y empezar la jornada sin un buen desayuno era, nunca mejor dicho, un plato de mal gusto.



—¡Jo, es horrible despertar así! —se lamentó Mike yendo hacia la cocina vacía—. ¡Qué hambre tengo!

—¡Y que lo digas! —dijo Timba rascándose su barriga cada vez más delgada—. Esto de no tener comida es espantoso. Como esto siga así, no sé qué vamos a hacer.

El Compa hacía bien en preocuparse por el futuro próximo. El frío de aquel invierno había sido más intenso de lo habitual y sus campos, en lugar de producir comida, se habían congelado como una nevera, haciendo que las cosechas se perdieran sin que ellos pudieran hacer nada al respecto. Por si fuera poco, las únicas dos ovejas que tenían se les habían escapado un día en el que, Timba, con su despiste habitual, se dejó la verja abierta. ¿Y el pavo? Bueno, el pavo



se lo habían robado unos bandidos. ¿Y el pato? El pato había migrado a tierras más cálidas, de modo que lo único que les quedaba a los Compas era su caballo Horse Luis, así que pasaban más hambre que un tiburón vegano.

—¿Y si lamemos las paredes? —propuso Mike en un acto de desesperación—. A lo mejor están buenas.

El pobre perro estaba tan hambriento que ya no sabía qué hacer. Se había comido las cortinas de las ventanas, las estanterías de las paredes, las sartenes y hasta las sillas.

—No lo hagas —le dijo Trolli—. A ver si encima te va a sentar mal y vamos a tener que llamar a un médico.



—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el perro con desesperación—. Ahora mismo tengo tanta hambre que ya ni siquiera puedo pensar con claridad.

Mientras decía esto, la panza del amarillento animal comenzó a sonar como una pequeña orquesta de trompetas desafinadas. Entretanto, Timba, que también estaba al borde del desmayo, tomó de nuevo la palabra.

—Yo estoy también en las últimas. El hambre está haciendo que empiece a perder la memoria. Ya casi no me acuerdo de ningún chiste. Si seguimos así, vamos a morir de hambre. Y lo que es peor... ¡de aburrimiento!

—Vamos, vamos. ¡No seáis exagerados! —declaró Trolli—. La situación no es tan mala como la pintáis.

—¿Que no es mala? —exclamó Mike fuera de sí—. ¡Pero si hasta me han desaparecido los michelines que tenía en la tripa! ¡Con lo orgulloso que estaba de ellos! Fíjate ahora cómo estoy. Parezco la radiografía de un silbido.

—Pues yo parezco la sombra de un alambre —añadió Timba al tiempo que se sujetaba el pantalón para que no se le cayera, puesto que le quedaba tres tallas grande—. Desde que todo esto empezó he adelgazado, por lo menos, cinco kilos. Si me pongo de lado estoy seguro de que me confunden con un fideo.

—¡Ahhhhhhh! ¡Fideos, qué ricos! —comentó Mike mientras un reguero de babilla le caía por la comisura de los labios—. Quién pudiera ahora mismo llevarse uno a la boca.



—¿Sabéis, chicos? Si no queremos pasarlo mal, será mejor que evitemos hablar de comida —indicó Trolli.

—¿Y qué propones que hagamos entonces? —preguntó Mike.

—Bueno, podríamos jugar a un juego para distraernos y así engañar el hambre.

—¿A cuál?

Trolli se quedó callado un instante, pensativo.

—Hummm... ¡Ya lo tengo! —dijo de repente—. ¿Qué os parece si jugamos al juego de la isla desierta!?





—No lo conozco —dijo Mike—. ¿Cómo se juega a eso?

—Es muy sencillo —contestó su dueño—. Veréis, se trata de que cada uno de nosotros vaya diciendo por orden cosas que se llevaría a una isla desierta.

—Ah, pues yo ya lo tengo claro —dijo Timba sin dudar—. No hace falta que me des más tiempo. Ya sé qué tres primeros objetos elegiría.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuáles serían? —preguntó Trolli, sorprendido ante la rapidez con la que había contestado

su amigo—. ¿Un mechero para hacer fuego? ¿Una cuerda para subir a los árboles? ¿Un cuchillo para hacer herramientas?

—No —respondió el Compa con firmeza—. Me llevaría una *pizza* gigante, cuatro hamburguesas y una almohada para *esforzarme* después de ponerme morado.

Mike, al oír el succulento manjar que proponía Timba, levantó las orejas, emocionado.

—¡Pues yo me llevaría un par de alitas de pollo y media docena de tabletas de chocolate!

—¡Chicos, no habéis entendido la finalidad del juego! —les regañó el avinagrado Compa—. La idea es pensar en otra cosa. Si nombramos platos deliciosos, lo pasaremos peor todavía.

—Lo sé, Trolli —le dijo Timba—, pero es que no es mi boca la que habla, sino mi estómago.

—Te entiendo perfectamente —reconoció su compañero—. Si os soy sincero, yo también me muero de hambre.

—¿En serio?

—¡Y tanto! Si ahora mismo me pusieran delante una bandeja llena de langostinos no dudaría ni un segundo. ¡Me los comería hasta con cáscara!

Al oír aquello, Timba se echó a reír. Mike, en cambio, aprovechó que nadie lo estaba mirando para acercarse a Horse Luis. Una vez estuvo a su lado, trató de darle un mordisco en las posaderas. Por suerte, Trolli, que siempre estaba atento, giró la cabeza a tiempo y detuvo a su amigo.

—¡Alto ahí, Mike! ¡No hagas eso! —le gritó—. ¡Estás cometiendo un acto de caballogresión!

—¡Déjame en paz! —chilló el perro fuera de sí.

—¡Pero es que no puedes comerte a Horse Luis! —dijo Trolli, tratando de que su amigo entrara en razón—. ¿No ves que es nuestra mascota?

—Es verdad. Lo siento mucho —dijo Mike alejándose del caballo—. Pero es que ya no aguanto más. ¡Tenemos que hacer algo para acabar con el hambre, y Horse Luis es lo único que tenemos!

Al oír las palabras del perro, a Timba se le ocurrió una idea.

—Oye, ¿qué os parece si llevamos al caballo al mercado y lo cambiamos por algo de comida? Así se acabarían todos nuestros males.

Mike y Trolli saltaron de alegría. La idea del trueque les pareció tan buena que enseguida empezaron a fantasear con el festín que les esperaba. Mike se imaginó comiendo una docena de tabletas de chocolate, Trolli se imaginó a sí mismo bebiendo tres litros de café de una sola tacada y Timba, por su parte, se veía engullendo una olla de lentejas que sabían igual que las de su abuela Hortensia.

—¡Genial! Entonces, no perdamos más tiempo. Me ofrezco como voluntario para llevar a Horse Luis al mercado —dijo Mike, que quería redimirse por todo lo que se había comido en la casa.

—Ni hablar —dijo Trolli, que no se fiaba ni un pelo de su amigo porque ya sabía de los líos en los que solía

meterse—. Será mejor que Timba y yo te acompañemos.

—¿Yo también? —se lamentó el Compa—. ¡Pero si pensaba aprovechar este momento para echarme una siestecita!

—¡Nada de eso! —dijo Trolli de nuevo—. ¡Tú también te vienes con nosotros!

De esta manera, los tres Compas tomaron a Hor-se Luis por las riendas y salieron de la casa rumbo al mercado.



